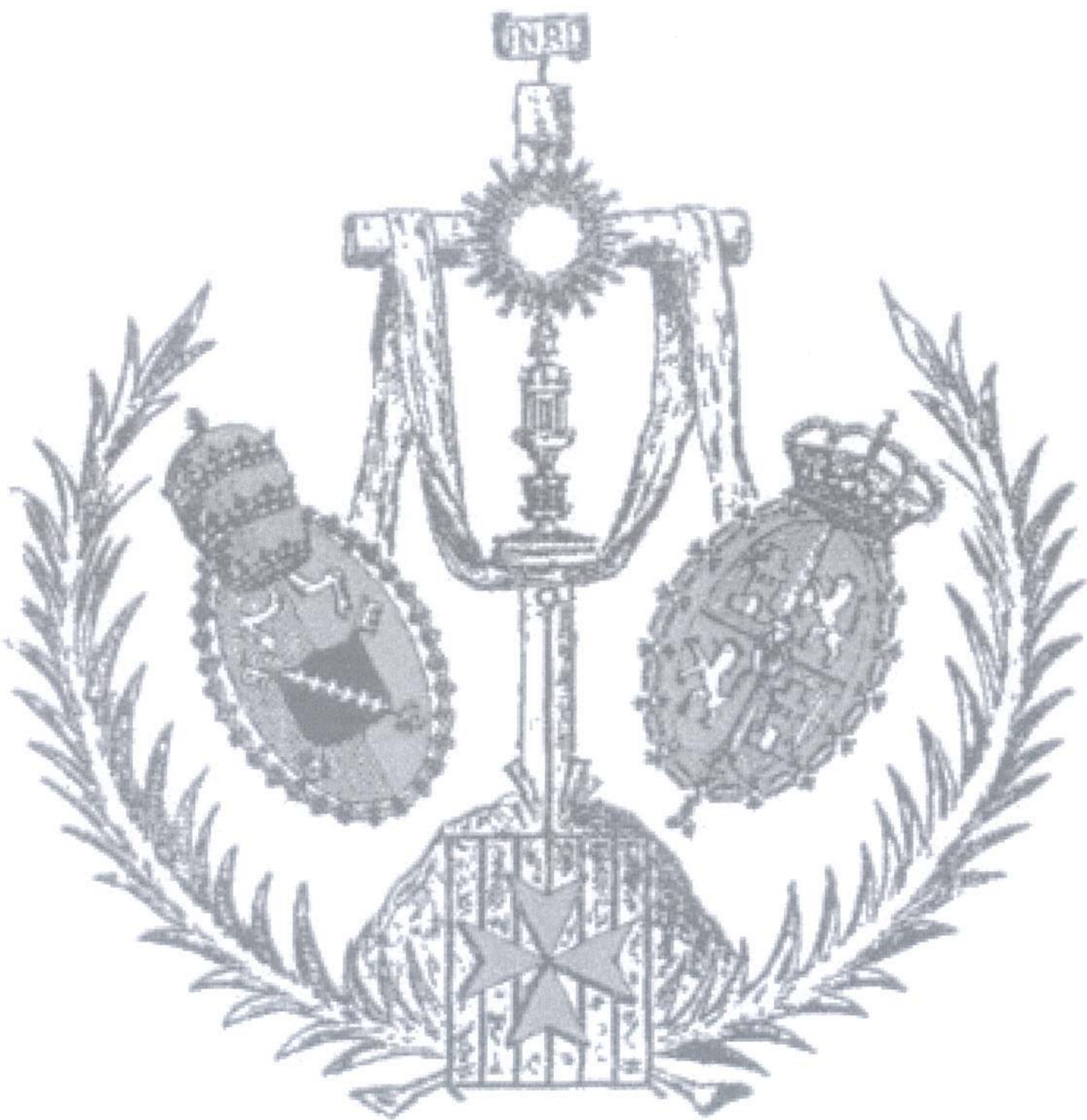


Hermandad Sacramental de la Soledad

Soledad  
número 100

450 Aniversario  
1557-2007





# Soledad

## RETOS NUEVOS PARA UN TIEMPO NUEVO

La hermandad de la Soledad ha vivido un año plagado de actos, trabajo y emociones para conmemorar el 450 aniversario de las primeras Reglas de nuestra querida cofradía. De alguna manera, el boletín extraordinario que ahora tienes entre las manos pretende ser una memoria de todo ello y el inicio de una nueva época de una publicación que ha alcanzado su número 100 sirviendo de embajador de la hermandad en la casa de tantos y tantos hermanos a los que sus ocupaciones no les permiten un contacto más estrecho con el día a día de la hermandad. En próximos números se irán incorporando nuevas secciones, un nuevo aire más acorde con la actual sociedad de la imagen y la información a la que la Soledad no puede ser ajena.

Durante el año 2007, con una junta renovada y recién aterrizada, se han ido sucediendo multitud de actos y cultos que tuvieron su centro en el triduo extraordinario, el traslado y la solemne función conmemorativa celebrada en la Catedral que ya se encuentran escritas por derecho propio en los anales de la corporación.

Nada, absolutamente nada, habría tenido sentido sin la participación del numeroso cuerpo de hermanos de la Soledad, que acompañaron a la bendita imagen en todos los cultos a la vez que un apretado calendario de actos marcaba un ritmo frenético a un año en el que el éxito de todas y cada una de las actividades programadas no puede ser óbice para hacer una seria y serena reflexión sobre lo que se hizo bien, sobre todo lo que se pudo mejorar.



Lo más positivo fue comprobar que el gran volumen de trabajo desplegado permitió poner en marcha a un amplio equipo humano que, desde sus respectivas capacidades, responsabilidades y obligaciones hicieron posible que todo estuviera listo y siempre a punto. Ésa capacidad de funcionamiento fue uno de los éxitos indudables de esta efemérides que también permitió acercarse a la hermandad a muchos hermanos que dieron lo mejor de sí mismos para alcanzar el buen fin de todas las iniciativas. La mejor conclusión es que todos y cada uno de los hermanos de la Soledad pueden aportar su granito de arena en la construcción de la hermandad. Todos tienen su sitio.

Pero esta reflexión también debe alcanzar a los desencuentros e incomprensiones a los que el cuerpo de hermanos de la Soledad, como cualquier colectivo humano, también es vulnerable. Todos los grupos y estamentos que hoy forman el cada vez más diverso cuerpo social de la hermandad deben hacer un esfuerzo, basado en la devoción a Nuestra Señora y en la fraternidad debida entre hermanos, para dejar atrás lo poco que nos separó y abrazar lo mucho y bueno que nos une. Y ese esfuerzo no puede ser ajeno ni a la Junta de Gobierno, ni a los hermanos de número más bajo ni más alto en las listas o a aquellos que no se sintieron identificados o excluidos con algunas de las decisiones tomadas.

El ejemplo de los mayores, como lo fue hace 50 años, será vital para los hermanos más jóvenes. Posiblemente, algunos de los principales actores del primer medio milenio de la cofradía ya forman en los tramos 3, 4 y 5 de nuestra cofradía. De ellos, y según el legado que les dejemos los hermanos adultos de hoy, será la Soledad del futuro.





## JUVENTUD, FAMILIA Y HERMANDAD

La Hermandad de María Santísima en su Soledad ha celebrado, con reconocimiento del Señor, el CDL Aniversario de su fundación. La Hermandad ha tenido que irse rejuveneciendo a lo largo de la historia. La Iglesia de Sevilla felicita a tan señera y querida Hermandad y le hace partícipe de sus inquietudes pastorales.

En continuidad con los objetivos propuestos en nuestros planes pastorales diocesanos, queremos llegar ahora a jóvenes y a la familia. Pues esa misma familia evangeliza a los jóvenes y éstos evangelizan a la familia. Cada uno ofrece al otro aquello que tiene y juntos buscan el bien común de todos. Una acción pastoral conjunta dentro de la institución más valorada por los jóvenes: la familia. Donde, paradójicamente, se encuentran las mayores dificultades para la comunicación, debidas a una especie de ruptura en el interior de una institución que originariamente es la más adecuada para esa deseada relación.

Con mucha frecuencia, la pertenencia a una Hermandad está muy ligada a la familia. Dentro de la tradición familiar está el ser de una Hermandad determinada. La fe en el Dios de nuestro Señor Jesucristo y la vinculación familiar son los grandes cimientos de la religiosidad popular. Podemos decir que la religiosidad es la expresión de la creencia en Dios y lo popular, la referencia a unos comportamientos repetidos, a una tradición, a una cultura: la de la propia familia.

La Hermandad no puede descuidar a los jóvenes. Tiene que procurar de su buena formación cristiana y cofrade. Hacerles protagonistas responsables de algunas acciones. Las posibilidades espirituales, apostólicas y evangelizadoras de las cofradías son muchas, siempre que en todas ellas se busque sinceramente a Cristo. La cofradía puede ser, para los jóvenes, casa de la Palabra, lugar de preparación para celebrar los Sacramentos, escuela para la caridad fraterna y forja para el testimonio cristiano.

El cofrade es una persona de fe. Y quiere vivir su fe en unión con sus hermanos. Se acude a la Hermandad porque se tiene fe y porque se desea fortalecerla y compartirla con los demás. No hay una fe cristiana y una fe cofrade. Sino una fe en Dios que se vive y se expresa en el lenguaje, en la cultura de los pueblos y de las personas.

Hay que ayudar a los jóvenes a comprender la razón de ser y la espiritualidad de la cofradía, y cómo ante un mundo secularizado, se necesita el testimonio auténticamente cristiano. Como sugerencias pastorales podrían servir: la inserción en los grupos jóvenes de las cofradías; la participación activa en cultos y programas de caridad; seguir los cursos de formación cofrade para jóvenes; el conocimiento de la historia de las hermandades y su razón de ser como asociaciones de fieles; el culto auténtico a María Santísima.

El culto y la caridad están siempre presentes en la vida de la Hermandad. Fuente y cumbre de la vida cristiana, la liturgia, sobre todo en la celebración de la Eucaristía, es un fecundo espacio sagrado donde se encuentra el inagotable manantial del ministerio de Cristo, vivido y celebrado en la Iglesia. El joven suele verse atraído por aquellas acciones que prestan un servicio solidario a los demás. Esto puede ser un buen indicio de sensibilidad, no sólo social, sino también religiosa y moral.

Hay que estimular y animar a los jóvenes a que participen en la obra evangelizadora de la Iglesia, sobre todo en el campo de la juventud, donde ellos tienen que ser los primeros militantes apostólicos, así como los principales destinatarios. Estos son los objetivos que proponemos: presentación a los jóvenes del Evangelio de Jesucristo para que lo asuman como forma de vida y se incorporen activamente a la misión de la Iglesia. Informar y ofrecer cauces de integración en grupos diversos. Participación en acciones concretas. Presentar y ofrecer la comunidad eclesial como el espacio en que pueden realizar sus aspiraciones. Llevar a los jóvenes a un ideal de vida y de verdad más altos.

Juventud, Familia y Hermandad, una relación tan necesaria como imprescindible.

*Carlos, Cardenal Amigo Vallejo  
Arzobispo de Sevilla*





## HEMOS VISTO A PEDRO

Roma siempre es Roma. A ella hemos viajado desde San Lorenzo en estos días pasados, gozando de la hospitalidad de la Santa Sede y con mucha alegría hemos visitado sus iglesias, paseado por sus calles, admirando sus monumentos y museos.

Días lluviosos, como corresponde al puente de octubre a noviembre. Días de los Santos y de los Fieles Difuntos. Días en los que las nubes ocultaron el sol y así disfrutamos una audiencia papal entre paraguas y la lluvia que se negaba a darnos un descanso. Oímos al Santo Padre delante de la Basílica, en la Plaza San Pedro, y recibimos su alocución pastoral junto a muchos hermanos de todos los colores y razas y a los que nos unía la misma fe católica, y la alegría indescriptible de celebrar aquella jornada con el Santo Padre, Sucesor de Pedro y profeta real de la Civilización del Amor, que todos aguardamos con esperanza.

Jornada de celebración de la fe en una explícita comunión con Pedro y la Iglesia universal. Fueron días en los que experimentamos muy profunda e intensamente la gracia de pertenecer a la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica; fueron días de júbilo viendo a gentes de diversas partes del mundo, de diferentes países e idiomas, hablando en la única lengua de la Iglesia, la lengua de la fe, la fe común que como Iglesia todos profesamos y confesamos. Dios nos ha bendecido a todos con abundante plenitud, como Él



plenitud, como Él en su profunda y rica misericordia y amor lo hace.

Éramos peregrinos de María Santísima en su Soledad, y llegamos a Roma llevando un mensaje de adhesión al Papa, como Hermanos de la Soledad de San Lorenzo. Luego habríamos de partir de Roma más evangelizados y reconciliados, mucho más, de como llegamos. Regresamos a nuestra casa guardando en nuestra conciencia y corazón esa hermosa experiencia de fe, la convicción de que, como el Santo Padre nos recordó: “Somos enviados al mundo a anunciar el Evangelio tal como la Iglesia lo ha conservado fielmente por dos mil años”.

Quisiera que me permitan compartir con los lectores, brevemente,

una reflexión en este peregrinar común a Roma, la Ciudad Eterna: Roma es la Sede de Pedro. De allí su fundamental importancia para la fe y para el corazón de los hijos de la Iglesia.

San Pedro es el Apóstol del que más datos tenemos. Hay muchos pasajes del Nuevo Testamento que nos hablan de él. Esto se explica por la predilección indiscutible del Señor por él, y por haber sido escogido por el Señor para ser su Vicario, luego de su partida, para ser el primer Papa. También numerosos testimonios de la Tradición nos hablan de Pedro. Pedro en realidad es el nombre que el Señor Jesús le da. Petros es la versión griega del nombre arameo que Jesús le pone: Cefas o Kefas, que quiere decir roca. Antes se llamaba Simeón, o Simón. Por eso no son pocos los pasajes en que lo llaman Simón Pedro y sabemos que un nuevo nombre en la tradición del pueblo judío manifiesta la función del que lo lleva. Simón será entonces piedra, roca de la comunidad de los seguidores del Señor Jesús.

San Pedro vendrá a Roma hasta tres veces, según afirman diversos autores. Llegará primero hacia el año 42. De ese tiempo dataría la fundación petrina de la sede de Roma. Así se deduce de la forma en que Pablo se dirige a la comunidad cristiana de Roma consecuente de esta realidad. Pedro se quedará hasta el 45, cuando parte, junto con Marcos, quien ya para ese entonces habría escrito su Evangelio basado en la predicación de San Pedro en Roma. Vendrá luego una segunda vez del año 55 al 56, al parecer con

Bernabé, el mismo que antes había acompañado a San Pablo. San Pedro permanece, lidera, persevera hasta el final y la tradición nos dice que muere mártir bajo Nerón entre los años 64 y 68, en Roma, de donde fue Obispo.

Es evidente que hay muchas maneras de acercarse a Roma, símbolo rico en significado para el corazón creyente. Está la perspectiva de la fe, la que deja ver tras los vetustos muros y las vetustas obras de arte la realidad elocuente de la fe que les sirve de místico sustento y que en alguna manera tan hermosa como misteriosa ha quedado como captada por esas realidades sensibles a los ojos.

Hemos descubierto la magnitud de lo exterior, la grandeza física de los monumentos, la belleza que indiscutiblemente se descubre por aquí y por allá. Roma, la Ciudad Eterna, puede ser deslumbrante para un turista, para quien se acerca a ella con ojos del secularizado mundo actual. Pero ciertamente es mucho más verdadera y mucho más deslumbrante para quien se acerca a ella con los ojos de la fe.

Por ello me gusta pensar en Roma como la ciudad de Pedro, la ciudad de la Roca, como la Santa Sede sobre la cual se afirma el misterio del amor de Dios para el mundo en la Una, Santa, Católica y Apostólica Iglesia.

*Juan Manuel García-Junco Caballero, pbro.*

Párroco de San L



AHORA, EL 451

Después de un año tan importante para nosotros, en el que hemos celebrado el CDL aniversario de nuestra fundación y hemos vivido momentos tan importantes y emocionantes para todos como la digitalización de nuestros archivos, la presentación del libro de la Hermandad de nuestro hermano Ramón Cañizares, el triduo, el pontifical, el traslado o salida extraordinaria, la magnífica exposición, el besamano extraordinario en el altar mayor de nuestra parroquia y la entrega de este boletín extraordinario entre otros, es el momento de dar las gracias a todos los que han intervenido en su organización y han dedicado su tiempo, esfuerzos y cariño para que todo saliera lo mejor posible. Gracias a todos los hermanos y hermanas, a las hermandades e instituciones que han colaborado y sobre todo, gracias a Ti Madre nuestra por haber permitido que todo salga bien después de tanto esfuerzo

Es cierto que en una familia de 2200 hermanos -porque aunque algunos se empeñen esto es una corporación de hermanos con nombres y apellidos alrededor de una Madre y a eso se le llama más Familia que Institución- pueden surgir diversidad de opiniones y a algunos les puede gustar más unas cosas que otras, e incluso se pueden sentir molestos u ofendidos. Desde aquí quiero pedirle perdón a esos hermanos que se han podido sentir molestos por algunas decisiones y les pido que una vez pasado todo, vean lo

que se ha hecho a lo largo de todo este año y la proyección de la Hermandad durante el mismo.

Se termina el 2007. La nueva junta de gobierno ha tenido que actuar de manera intensiva y acelerada ya que hemos tenido actos prácticamente todos los meses y algunos, todas las semanas. Ahora, en el nuevo año que empieza, es el momento de parar y reflexionar sobre los tres años que nos quedan por delante en los que tendremos que retomar la vida de Hermandad de manera más sosegada, priorizando la vida interna más que la externa, si que ello signifique bajar la guardia o relajarnos en nuestro quehacer diario de cara al exterior.

Es el momento de retomar la vida normal de la Hermandad en esta época tan bonita en la que nos reencontramos muchos hermanos que por diversas circunstancias no pueden venir más a menudo. Es el tiempo de empezar el 451 año de vida de nuestra familia soleana, de sentirnos unidos alrededor de Nuestra Madre de la Soledad y seguir trabajando para conseguir atraer a el mayor números de hermanos, jóvenes y menos jóvenes, al calor de la Hermandad.

Es un compromiso de esta Junta de Gobierno que en estos tres años que nos quedan por delante, la Hermandad invierta en el patrimonio más importante que tenemos y que no es otro que el de sus propios hermanos, por eso en estos tres años la formación, y la convivencia de los hermanos en

cultos y actos de Hermandad serán junto con la acción social el objetivo prioritario para todos

Con mi deseo de paz, salud y amor y la Esperanza de que el 2008 nos depare lo mejor para todos, le pido

a la Santísima Virgen de la Soledad que nos proteja unidos a todos alrededor de su bendita Advocación.





Con motivo del CDL aniversario de nuestra Hermandad de la Soledad, del 31 de octubre al 3 de noviembre, un grupo de 90 personas entre hermanos y devotos de la Santísima Virgen emprendimos una peregrinación a la ciudad Santa de Roma para asistir a la audiencia general de S.S. Benedicto XVI el día 31 de octubre en la monumental Plaza de San Pedro.

El día de la audiencia amaneció lloviendo, pero estar en la inmensa plaza de San Pedro, abrazados por la impresionante columnata de Bernini y con miles de cristianos que esperábamos ver al sucesor del Pescador, nos hizo olvidar la lluvia y esa espera en condiciones tan incómodas.

Cuando apareció Su Santidad todo el mundo irrumpió en clamorosos aplausos y gritos de vítores. Allí estaba el Papa Benedicto XVI, el máximo representante de Cristo en la Tierra. Más tarde, al dirigirse a los peregrinos de habla española y saludar especialmente a “la Hermandad Sacramental de María Santísima en su Soledad de Sevilla”, sentimos una gran emoción que no pudimos contener y todos a una, gritamos con alegría al oír el nombre de la Hermandad y de Sevilla.

Al concluir la audiencia, unos cuantos peregrinos privilegiados pudimos saludar personalmente a Su Santidad. Fueron unos momentos de una emoción indescriptible; el estar delante del sucesor de Pedro, poder estrecharle sus manos, mirarle a los



ojos, observar su rostro bondadoso, poder transmitirle unas palabras “Santidad, de la Soledad de Sevilla que cumplimos este año cuatrocientos cincuenta años al servicio de la Iglesia”. Y su respuesta, “¡Ah Sevilla... enhorabuena!”. Al mismo tiempo, yo le ofrecía el libro que con motivo del CDL aniversario ha escrito nuestro hermano Ramón Cañizares Japón y una medalla de plata grabada con su nombre y las fechas 1557-2007.

El Santo Padre me obsequió un rosario que guardaré toda mi vida como un tesoro. Fueron 3 ó 4 minutos que pasaron volando pero que al mismo tiempo parecía que se paraba el tiempo a mí alrededor; mi corazón latía presuroso y la lluvia no mojaba la emoción que me embargaba. Acababa

de hablar y tocar al Papa en representación de mi Hermandad y le entregaba a Su Santidad un presente en nombre de los 2200 hermanos que formamos la familia soleana de San Lorenzo.

En la tarde del 2 de noviembre, día de los difuntos, llegaría otro de los momentos culminantes del viaje para los soleanos: la visita a la Basílica Mayor de San Juan de Letrán, la Catedral de Roma a la que la Hermandad de la Soledad está agregada por bula de Clemente VIII desde 1594. En una de sus preciosas capillas, la del coro, el Director espiritual de la Hermandad y Párroco de San Lorenzo, nuestro querido don Juan Manuel,



junto con el director de la escuela de estudios teológicos de Sevilla, don Luís Fernando Álvarez y el número dos del Opus in Roma, don Joaquín Alonso Pacheco, concelebraron una solemne e inolvidable Eucaristía.

El viaje nos enriqueció a todos y nos permitió vivir unos momentos muy emocionantes para nosotros, los hermanos de la Soledad. Hasta el próximo viaje.

*José M. Albiac Rossi*  
Hermano Mayor





## A ROMA CON LA SOLEDAD

**M**e voy a Italia con la Hermandad de la Soledad, le dije a mi compañero Juan Miguel Vega. ¿con cual?, me respondió. ¿Cómo que con cual?, le espeté ¿pero hay mas de una? Yo, madrileña de nacimiento y afincada en Málaga desde niña sólo sabía que nos íbamos a Roma con unos amigos que pertenecían a una hermandad de Sevilla.

Martes por la mañana; llegamos al aeropuerto y reconozco la voz de Távora. Muchas entrevistas tanto a él como a su padre han conformado los programas de radio desde que llegué a Sevilla. “Hermandad de la Soledad”, rezaba un cartel en sus manos. Empiezo a ver un grupo de personas que se preparan a embarcar y ya en el avión escucho a alguien en el asiento delantero “Si, si, ¿No lo has visto?, viene uno de la tele, va delante. Por lo visto viene con unos amigos. Pues sí, era mi gran amigo José Pablo Ruiz; trabajamos juntos en Canal Sur Radio y él es colaborador del programa “Contraportada” en Canal Sur Televisión. No me lo podía ni creer el día que me dijo que se venía al viaje con nosotros.

La llegada a Roma hacía presagiar un viaje, cuanto menos, pasado por agua. Empezó a llover nada más poner un pié en suelo italiano y un autobús nos llevó al hotel, un Meliá cerca del Vaticano. 15 minutos y ese mismo autobús nos deja cerca de la Basílica. Cuatro de la tarde y el temporal descarga con más fuerza. Justo en ese momento nos metimos en una especie

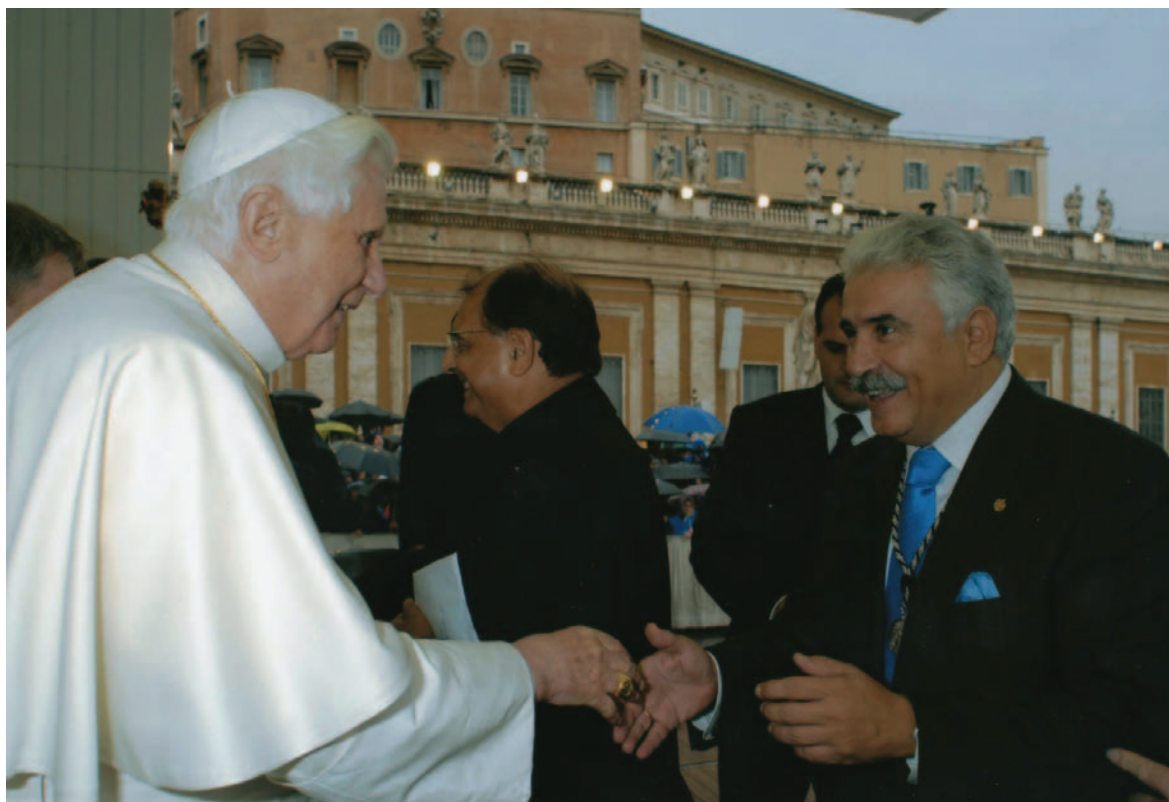


de buffet donde un camarero nos llevó casi en volandas a una mesa apta para un buen grupo de comensales. Ahí conocimos a Carmelo y a su mujer Olga. Ese momento fue el verdadero arranque del viaje.

Esa tarde la dedicamos a buscar “el mejor café de Roma”, que según decía mi guía de viaje se servía en la plaza de San Eustaquio. El temporal cobró forma de tormentón con rayos y truenos. Nos íbamos refugiando de iglesia en iglesia cuando, de repente y confundidos con el ruido del agua, apareció majestuosa la Fontana Di Trevi. Dice la tradición que hay que arrojar una moneda para volver a la ciudad eterna (José Pablo seguro que no vuelve porque él no tira nada y menos una moneda).

¡Por fin encontramos el café! Las caras de todos fusilándome por recorrer media Roma para tomar ese café me llevaron a tirar mi guía de viaje y seguir los consejos de Olga, que era la que más sentido de la orientación tenía de todo el grupo.

La tarde no podía ponerse peor y decidimos coger un taxi para volver al hotel. De repente, ¡uno libre! Animamos a José Pablo y a Carmelo a montarse ellos primero, y nosotros, junto con Lola y Enrique cogimos otro. Cuando llegamos a la recepción del hotel, la cara de José Pablo estaba descompuesta: ¿Cuánto os ha costado el taxi? 15 euros, le digo, y la cara de Carmelo otro poema, “a nosotros, 39 euros”. Yo pensé que después de esto, José Pablo no volvería a levantar cabeza en todo el viaje. La descripción de su carrera en el taxi hizo de aquella velada uno de los momentos mejores, no podíamos parar de reír, ya no era sólo por la clavada sino por la descripción de un auténtico psicópata al volante. A partir de ese momento, las cenas en el hall de hotel se convertirían en un clásico.



Al día siguiente, nos esperaba una de las citas más ansiadas del viaje, la visita al Papa. Todos los miércoles, Su Santidad reúne a los fieles que lo han solicitado con anterioridad en la Plaza de San Pedro para darles su bendición. A pesar de la lluvia y la pesadez del recorrido por todos los países, mereció la pena la espera. Verle desde la primera fila pasar en su vehículo oficial y oírle nombrar a





la Hermandad, suscitó un revuelo de vítores entre todos nosotros que nos llenó de emoción. Fue el hermano mayor el que tuvo el honor de entregarle en mano un libro editado por el 450 aniversario. Su cara risueña besando a su Santidad mientras el prelado de turno le animaba a irse despidiendo se me quedó grabada. Tras este emotivo acto fuimos dando un paseo agradable hacia el restaurante donde se había concertado una comida de hermandad. La tarde la dejamos para las compras. Mención especial se merecen los “pases de modelo” que nos regalaron Carmelo, Enrique y por supuesto José Pablo por las escaleras luminosas de la tienda de Luís Vuiton .Terminamos en Vía Vénetto, dando buena cuenta de las famosas cervezas Nastro Zurro. El jueves seguía lloviendo, para variar. Este era el día señalado para la visita por Roma. Nos recibe una de las mejores guías que he conocido, y el primer destino es el majestuoso Coliseo Romano: Impresionante. Luego el Foro Romano; de ahí a la Plaza de España, a la Plaza Navona y la Fontana di Trevi, de nuevo a tirar unas monedas (José Pablo dice que tiró unos céntimos). Allí se dio por terminada la excursión. Ese día comimos en un restaurante típico italiano y la tarde la reservamos para las compras por la zona del Barrio del Trastévere. El descanso lo hicimos en una especie de tasca sólo de vinos con María, Anuca, Fernando y el resto. La tarde desembocó en el bar del Hotel con una tertulia de contenido altamente cofrade.



El fin de fiesta llegó el viernes con la visita al Vaticano, y gracias a Dios, nunca mejor dicho, dejó de llover ¿qué



se puede decir del Vaticano? , ¿Y de la capilla Sixtina? O de la Basílica, simplemente majestuoso, es el adjetivo que mejor lo define. Otro momento clave, fue la función en San Juan de Letrán, conocida como la catedral de Roma. Un coro todo de madera presidió una de las misas más especiales a las que he asistido.

La última cena del viaje, fue en el hotel. Momento de reflexión y balance. Palabras del párroco, del hermano mayor, de Távora. Del representante del grupo joven e incluso de José Pablo. Las palabras de todos tenían un denominador común. “El sentimiento de hermandad”. Justamente ese es el sentimiento que me llevo del viaje. Un sentimiento que antes desconocía y gracias a todos y cada uno de vosotros he tenido la suerte de aprender. Gracias a la hermandad de la Soledad de San Lorenzo.

P.D. “Alora” a preparar el 500 aniversario... ¡Chiao!



## RECUERDOS DE UNA RECIENTE EXPOSICIÓN

No es la primera vez que la hermandad de la Soledad organizaba una exposición, lo recordamos algunos y así lo hice constar en el acto de apertura de la propia Exposición Conmemorativa del 450 aniversario que celebramos los pasados días 8 al 18 de noviembre. Como entonces, evocamos aquellas exposiciones de soldaditos de plomo y carteles comerciales que llevó a cabo nuestra hermandad en las desaparecidas casas-palacios de la plaza del Duque en la ya lejana década de los cincuenta del pasado siglo.

Por eso y conociendo la grandeza de nuestra historia, cuando se nos propuso llevar a cabo la idea de la junta de gobierno de una exposición dudamos mucho su inicio y desarrollo, pero contando con la inestimable colaboración de nuestro archivero Ramón Cañizares y, como no, del hermano mayor y mayordomo, implicados desde un principio en lo que propusimos como un ambicioso proyecto, la obra fue culminada felizmente. Desde el inicio, la idea fue no exponer lo habitual o conocido, sino lo normalmente oculto o muy guardado y sobre todo, lo que ha formado parte de tiempos pretéritos.

Muchas han sido las satisfacciones tenidas durante estos once días, que para algunos les han parecido cortos y a otros largos, sobre todo para muchos hermanos que se han sentido orgullosos de pertenecer a una hermandad con tanta tradición y tan acreditado y palpable patrimonio. Qué bien nos hemos sentidos los soleanos de explicar nuestros orígenes; las sedes por donde hemos pasado, con la curiosa maqueta de la capilla del Carmen. Qué veneración ha recibido la antiquísima imagen de Nuestra Señora de la Soledad, junto a nuestra sacristía convertida en el salón de honor de los soleanos. ¿Cuántos visitantes han reconocido en añejas fotografías a sus padres y abuelos o aquellos que fueron niños nazarenos de la Soledad? También hemos enseñado como serían nuestros antiguos titulares, nuestros pasos, el ajuar de nuestra Virgen, permitiendo ver los detalles de muchos enseres desde una distancia hasta ahora inusual.

Sobre todo hemos enseñado nuestra querida parroquia de San Lorenzo, con su riqueza artística y dentro de ella, dos habitáculos hasta ahora muy poco visitados como la sala de Reserva del Santísimo, donde estaba la vitrina con las ráfagas y alhajas, y la recién restaurada sala capitular de la Sacramental en la que nuestra hermandad ha reconstruido su pequeña pero importante pinacoteca desconocida hasta por los propios hermanos de nuestra corporación. ¿Será posible recuperar un uso mas adecuado y relevante que el tenido hasta ahora en estos dos aposentos? Creo que la exposición ha marcado un camino que no debe de perderse.

Desde aquí nuestro agradecimiento a todos aquellos que han colaborado y que por falta de espacio no podemos detallar, pero no quiero cerrar sin tener en cuenta a los rectores parroquiales, D. Juan Manuel y D. Francisco, que pese a las facilidades prestadas le hemos podido producir muchas interferencias en lo verdaderamente esencial de los cultos. Como creo que hemos acercado a mucha gente al Templo, sea todo, incluida la exposición, para mayor gloria de Dios y su Stma. Madre.



Una de las piezas más relevantes que pudieron admirar los soleanos de hoy fue el antiguo paso de Nuestra Señora, que hoy se encuentra en la localidad de Aznalcazar.

La muestra también sirvió para presentar la restauración del estandarte de gala de Roca-Amador.



## MI SOLEDAD

Transcurría el concierto de la Orquesta Barroca de Sevilla. La iglesia de San Lorenzo estaba llena a reborar aquella noche de Febrero de 2007 y muchos de los asistentes, también los músicos, se habían enterado por el Hermano Mayor de dónde estaban y quién era la Señora que presidía el acto desde un altar de cultos maravillosamente iluminado. Scarlatti y Vivaldi se iban sucediendo armoniosamente interpretados. Mi pensamiento se perdía entre los acordes y veía a la Virgen allá arriba, admirada, venerada, honrada y acompañada esa noche por cientos de personas.

Bach nos llevó al punto culminante del concierto, pero fue el Salve Regina de Scarlatti, en la voz del contratenor Carlos Mena, lo que nos cautivó el alma. Nunca se había escuchado una Salve igual en San Lorenzo. Al salir a la plaza estaba radiante de satisfacción y me di cuenta de que no era tanto por el recital escuchado sino por mi Hermandad, que celebraba los 450 años con armonía, elegancia y buen gusto.

De esa forma se había celebrado días antes el Acto de Exaltación a la Virgen de la



Soledad en el que Ignacio Montaña honró a la Virgen en ese misterio de su Soledad. Soledad Universal, Soledad de las Américas y Filipinas, Soledad de Europa y de las distintas regiones de España. Virgen de la Soledad de tantos pueblos de Andalucía, del Aljarafe, del Valle del Guadalquivir o de la Sierra, María Santísima en su Soledad: Soledad de Sevilla.

Escuchar los detalles de esa universalidad de María en su Soledad me conmovió. Son tantas las hermandades de la Soledad que he conocido

en esa historia inacabable de convivencias soleanas. Cuántas medallas parecidas, cuántos cordones blancos y negros, cuántas casas de hermandad, pasos, enseres, túnicas (los soleanos de Pozoblanco –y los de Lima- visten el mismo hábito que nosotros). Cuántas salves, marchas, himnos y coplas dedicadas a la Virgen de la Soledad, y sobre todo, cuántas imágenes bellísimas, veneradas, queridas y admiradas de María en su Soledad.

Desde Enero se habían ido sucediendo actos y cultos y antes de culminar la cuaresma sólo habíamos vivido una muestra de todo lo que nos quedaba en un año pletórico de satisfacciones y alegrías. Al concluir el año, Ramón Cañizares tendría elementos suficientes para escribir un segundo tomo de su libro. (Orgullo de ser soleano es lo que sentimos todos los que asistimos a la presentación de su Libro en la Real Maestranza de Caballería de Sevilla).

Y ésa es la palabra: orgullo. Tenemos que estar orgullosos de muchas cosas en la vida y entre ellas, de ser hermano de la Soledad. Recuerdo que eso fue lo que dije cuando me tocó hablar por primera vez en un almuerzo de hermandad hace ya muchos años; me estrenaba como diputado de Formación ¡Cuántos años ya! Y cada año, cada día, me siento más orgulloso de pertenecer a mi Hermandad. En 2007, además, por si fuera poco, he cumplido cincuenta años de hermano. Aún recuerdo el momento de la jura, un 27 de Junio de aquel lejano 1957. Con mis recuerdos soleanos más íntimos, guardo el recordatorio de mi ingreso en la Hermandad. Poco a poco me fui acercando al mundo de las hermandades y, lógicamente, también a la mía.

Permitidme que recuerde en voz alta algunas vivencias de mi vida en la Hermandad.

Hasta 1982 no entré a formar parte de la junta de gobierno con Ramón Pineda de Hermano Mayor. Un diputado de Formación con algunas innovaciones; fueron muchas las charlas, proyecciones, ciclos y reuniones organizadas; actividades de los jóvenes, excursiones, mejoras del boletín gracias al empeño de los oficiales que teníamos que ver con su elaboración... Aquellos concursos de diapositivas, cuya final llenaba el salón de arriba de la Casa del Gran Poder. Y muchos pequeños detalles que al ser positivos para la Hermandad me enorgullecieron.

Elegido hermano mayor Rafael Riera (1986), quiso que yo fuese su teniente de hermano mayor y así fue durante cuatro años llenos de cambios, mejoras, nuevas insignias, beatificación en Roma del cardenal Spínola... En 1987 comenzaron las Convivencias de Hermandades de la Soledad, a las que me dediqué en cuerpo y alma (gracias a Dios, he asistido a las 34 Convivencias celebradas). En aquellos años vivimos cosas importantes, como aquel Vía Crucis de las Hermandades que presidió la bendita imagen de la Soledad que quedó en la memoria de todos nosotros y de la Sevilla cofradiera... Obispos, arzobispos o cardenales volvieron a presidir la Función Principal de Instituto. Comienzan también los actos de Exaltación de la Cruz en Mayo, que continúan desde entonces.



Una de las responsabilidades más gratificantes que he tenido en la Hermandad ha sido presidir la comisión de Caridad. Escuchar, atender, solicitar ayudas, resolver o sólo consolar; iniciar la colaboración desinteresada de Diplomadas en Trabajo Social que nos ayudaban en las posibles ayudas que desconocíamos o no sabíamos cómo orientar. Ahora las cosas van mejor aún y por derroteros muy interesantes, como ese Economato en el que colaboran de forma muy destacada hermanos y hermanas de la Soledad. De todo ello ¿No es para estar orgullosos?

Con problemas serios de salud, Rafael Riera fue reelegido Hermano Mayor en 1990. Después del primer año cayó gravemente enfermo. Pero la Hermandad siguió su rumbo sin que se notara su ausencia desarrollando un apretado programa de formación: Año de la Familia, Año de María, Año de la Eucaristía, Centenario de la Llegada a San Lorenzo. Se celebraron brillantemente los Cultos, las Convivencias de Soledades, los concursos de diapositivas, presentaciones de libros cuyos beneficios eran para Caridad: “Las campanas de San Lorenzo” y “Sevilla en los labios”, de Ricardo de Orta y Sierra y Joaquín Romero Murube, respectivamente. En esos años se compra el local anexo a la casa de Cantabria 7; se adquiere la de Martínez Montañés; se venden los locales de Cantabria; se inician las obras de la nueva casa (los actos formativos se celebraban en los Dominicos), y es bendecida por fin solemnemente el 20 de Febrero de 1994 por



fray Carlos Amigo Vallejo, arzobispo de Sevilla.

También vivimos el Santo Entierro Magno, la Expo-92, la Statio Orbis y el Congreso Eucarístico Internacional (con visita del Cardenal Primado Don Marcelo González Martín a la Casa de Hermandad). Se estrenó gloriosamente la marcha La Soledad un jueves de Quinario, con la Banda Municipal dirigida por el maestro Albero y don Pedro Morales, su autor, allí presente. Se peregrinó a Santiago de Compostela con más de cien hermanos. En aquellos años la Hermandad se acercó más aún a la Real Maestranza de Caballería organizando conjuntamente aquel IV Centenario de la Bula de San Juan de Letrán. Y tantas cosas más que no hubieran sido posibles sin la estrecha colaboración de los



hermanos que formaban aquella Junta de Gobierno, así como la de los hermanos y hermanas auxiliares y colaboradores en las distintas comisiones.

Como también me llenará siempre de orgullo la asistencia, colaboración, suplencia y ayuda a mi Hermano Mayor don Rafael Riera Juan... A su fallecimiento en marzo, juré el cargo de Hermano Mayor que ejercí hasta las elecciones de 1994. Después pasé a un segundo plano. Fue un honor coordinar, presidir y dirigir la Hermandad durante esos casi cuatro años y haber vivido tan de cerca un trocito de la fecunda historia de nuestra Corporación.

Después la Hermandad continuó –mejorándolo- su camino de siempre: el del culto, la formación, la asistencia en caridad, la conservación del patrimonio, la atención a la juventud... Empero, siempre quise estar cercano a la Hermandad y dispuesto a los demás siendo fiel a nuestro Lema: “Así como estaba María al pie de la Cruz, así queremos estar presentes y operantes...” Y en la medida de mis posibilidades así lo he intentado.

Cuando salga a la luz el Boletín Extraordinario habremos vivido muchas más cosas, el Triduo, el Pontifical, la Exposición Conmemorativa, etc. Terminó de escribir este artículo cuando está acabando la Cuaresma de 2007 y va a comenzar la Semana Santa. La Hermandad habrá sabido hacer muy bien todo lo que se organice. Confío plenamente en el buen criterio de nuestra junta de gobierno y de su hermano mayor. Hemos tenido el honor de vivir los diversos momentos conmemorativos de los 450 años de la aprobación de nuestras primeras Reglas. Recordémoslos con alegría y unidos en Hermandad. Eso es lo que os desea vuestro hermano:

*Rafael Ruibérriz de Torres Sánchez.*



## LLEGUÉ, ME ARRODILLARON, Y JURÉ...

Sobre mediodía, llegué por primera vez a Sevilla. Tenía el nombre, nada más: Nunca había pisado la ciudad. Vine lleno de preguntas, y con algún recelo. Mi Alemania de entonces, solo una docena de años después de la guerra mundial, desconocía por completo España, nos consideraba una porción del norte de Africa y país absolutamente folklórico. Temí que la Semana Santa me resultara una juerga popular supersticiosa. Ya ven, ni idea. Cuántas noches de tertulia gasté luego contando la verdad a mis amigos germánicos. Ahora ya lo comprueban por sí mismos, vienen en bandadas. Las monjas del cardenal Spínola habían comprometido un sacerdote, don Camilo, para que me guiara por el laberinto.



Me aconsejaron descansar un par de horas: Iríamos luego a ver “una cofradía de martes santo”, los Estudiantes.

La vimos.

Tras la cruz de guía, dos ristras de nazarenos, enfundados en túnicas negras, fajados con amplio cinturón de esparto, cubierta la cabeza por capirotos puntiagudos, tapada la cara con un antifaz que solo dejaba ver los ojos de aquella persona...

En los repliegues de mi masa encefálica conservo imborrable aquella imagen.

¿Quiénes son?, pedí a Camilo.

Me respondió:

- Hombres, estudiantes y catedráticos, profesionales que obtuvieron su título en la Universidad, de tramo en tramo pasan con ellos los guiones respectivos. No lo podía creer; recordé mi universidad de Munich, ¿será posible? Así comencé a entrar en los recovecos de nuestra Semana Santa. ¡Y el Cristo de la Buena Muerte!

Ese título impresionó a mis tertulianos. Para un alemán la muerte nada

tiene de bueno, ¿cómo lo va a tener si es “la muerte”?

Pronto Sevilla me explicó sin palabras, con solo alzar la mirada al Cristo de los Estudiantes, el amor que va escondido en las crueldades de la existencia, haciendo verdad tan de lejos el asombro de Petrarca: “Parecía bella la muerte contemplada en su bello rostro”. Descubres que en el rostro de Jesús va también tu propia muerte, descubres que valió la pena nacer, vivir, amar, gozar y sufrir; salen lágrimas de tus ojos y un vendaval de esperanza invade tus pulmones...

Un apretón de Camilo a mi brazo trunca mis reflexiones:

- Si pretendes comprender Sevilla y has de escribir sobre don Marcelo Spínola, urge que ya, ahora mismo, saludemos en San Lorenzo a la Virgen de la Soledad.

Allá fuimos. Luego he conocido los cariños de Romero Murube a la Señora de San Lorenzo.

Encontré un barrio distinto a todos, discreto y señorial, habitado por familias sencillamente bienestantes, herederas, se notaba en portales y patios, de indianos vueltos de América.

Y la placita, que todavía no he visto reformada, no tenía la basílica del Gran Poder, entonces; la imagen del Señor de Sevilla habitaba dentro de la parroquia.

Lo confieso, aquella Sevilla de entonces me fascinó, la valoré por encima de las ciudades notables del planeta. Cierto que no la vi tan sucia y desconchada como ahora.

Me empujó Camilo dentro de la



iglesia: Como meterme en las entrañas de la Semana Santa. Recé a Nuestro Padre Jesús, cómo olvidar el encuentro. Y me arrodillaron ante la Virgen de la Soledad, cuya hermandad, me contaron, había buscado cobijo a cuenta de las “revoluciones”, más o menos estúpidas, de la segunda mitad del siglo XIX. La iglesia, no grande, digamos de proporciones pequeñas, con sus cinco naves de arcos picudos apoyados en pilastras y un techo de vigas al estilo basilical que le da recogimiento y antigüedad, conserva una resaca de las devociones antiguas: gentes entraban y salían parándose a rezar un credo al Señor del Gran Poder y sus avemarías a la Virgen de la Soledad. A los pies del templo veo un retablo del siglo XVIII con la pintura mural de la Virgen llamada de Rocamador: imagen del siglo XIV, de gran tamaño, preciosa, azul su falda, carmesí la capa con adornos de oro; es tradición, me dicen, y por entonces se cumplía, que el día de la Candelaria las mujeres de la parroquia ofrezcan sus niños a la bendición de la Señora.



Aquella primera tarde, Camilo me traía a venerar la Soledad, así que ni me dejó detenerme ante Jesús del Gran Poder.

Estaba la Señora entronizada en el altar mayor: delante de un cañaveral de cera, quizá doscientos cirios gruesos encendidos que formaban una especie de colina, y la Virgen sola, vestida de blanco, coronada, ceñido el talle por una franja roja, y le queda detrás una cruz ancha con el sudario colgando; delante, claveles, a los pies claveles, en el suelo claveles, claveles en las gradas del altar; y más cirios pegados a las pilastras de las naves, como en un santuario que me recordó los célebres santuarios marianos europeos, el Divino Amor en Roma, Altötting en Baviera, Marizell en Austria, el Pilar de Zaragoza...

Así la vi, quedé prendado del dulce rostro maternal de una Virgen perdida en los bosques del dolor donde enterraron a su Hijo: La sacan, me dijeron, en procesión, “en estación de penitencia”, a última hora de la semana santa, el sábado, sobre la seis de la tarde, para que deje una huella de ternura en el aire fatigado de las calles de Sevilla. No lleva música. Cuando la recogen, sobre las once de la





noche, sí que todo esta terminado.

No pude adivinar en aquel primer encuentro cuántas horas de mis últimos cincuenta años, podría yo espiar su paso bajo el palio de un cielo abierto, Fue fabuloso. Me encontraba aturdido de belleza y devoción.

Camilo me arrodilló en un pequeño reclinatorio.

Delante, el párroco y un hermano "mayor", con la vara peculiar de la junta. Leí, recité el juramento.

¿Qué juré?

Ser para siempre hermano de una cofradía que entonces cumplía cuatro siglos, ahora, sus cuatrocientos cincuenta años.

Ahí, en la familia soleana, permanecer cerquita de la Señora. Y quererla, por los siglos de los siglos.

La nube de sentimientos deleitosos me dejó entrever el rostro de tantos amigos germánicos ignorantes de lo que a mí me ocurría esa tarde en Sevilla.

Por ellos, en su nombre, también juré:

Señora, que un día sepan de ti, que te quieran.

Amén.



## MAESTRA DEL TIEMPO

Las cosas terminan cuando terminan, ni un minuto antes ni un minuto después. Y más en la plaza de San Lorenzo, cuya Semana Santa empezaba en lo íntimo con el besamanos del Señor; desbordaba a las calles cuando en la madrugada del Viernes Santo el reloj de la torre daba dos campanadas y se abrían las puertas de la parroquia para mostrar toda la Pasión -espada, escalera, dados, mano, lanza, clavos, alicates, flagelo, gallo, martillo, esponja de vino y mirra, paño de la Verónica- inscrita en una cruz; y terminaba cuando esa misma torre daba doce campanadas y se cerraban las puertas de la parroquia sobre el fuego tras el que se consume de dolor la Soledad. Era esa una Sevilla que tenía sentido de la medida y sabía hacer las cosas. Ha pasado el tiempo, pero en la plaza de San Lorenzo se siguen sabiendo hacer las cosas. Y si Sevilla, a veces, parece olvidar su sentido de la medida, desde San Lorenzo se le recordará por qué las cosas son como son.

Hace 440 años, desde 1567, que la Soledad cierra la Semana Santa de Sevilla. Hasta 1955 el Viernes Santo, y desde la reforma litúrgica el Sábado Santo. En 1567 reinaba Felipe II, Cervantes tenía 20 años, faltaba uno para que la Fe rematara la Giralda y Montañés, Mesa y Ocampo aún no habían nacido. Ni la Semana Santa siquiera, tal como la conformó el barroco, existía entonces. ¿Quién deshará lo que los siglos han hecho?

En la larga vida de la ciudad y en la vida breve de los sevillanos la Soledad de San Lorenzo, maestra del tiempo, da lecciones de historia y enseña madurez. Así, enseñan los siglos, termina la Semana Santa de Sevilla desde 1567. Y así, enseñan los años, termina la Semana Santa de los sevillanos desde que la madurez los va agrupando tras esta cruz y estos paños, siguiendo en silencio la estela de la Soledad por Jesús del Gran Poder, la Gavidia y Cardenal Spínola hasta llegar a la plaza de San Lorenzo. Allí, cuando la Virgen les dé la cara y la puerta de la parroquia la devore poco a poco, le rezarán despacio un último Ave María. Al llegar al “ahora y en la hora de nuestra muerte” una sombra les cubrirá el alma; y las puertas de la parroquia, al cerrarse, pondrán el amén. El sevillano, entonces, le dirá a la Soledad, y a la plaza, y al Señor ante el que en ese momento se celebra la Vigilia Pascual: “hasta el año que viene, si Dios quiere”. Y se irá ni triste ni contento, sereno, camino de su casa, uno más entre la multitud de la que la plaza se desangra por Santa Clara, por Conde de Barajas, por Cardenal Spínola, por Martínez Montañés y por Eslava. Así termina la Semana Santa según le enseña la historia a Sevilla y la madurez a los sevillanos. No podía ni puede tener broche más sevillano ni más dorado –sobre una nube de oro y fuego vuela la Soledad- nuestra Semana Santa.

La Virgen de la Soledad es el cordón de oro que ata las más antiguas devociones de la ciudad con las más recientes, el renacimiento con regionalismo,



la severidad del humilladero de la Cruz del Campo con el bullicio de la Campana, la historia con la costumbre, los benedictinos del convento de Santo Domingo de Silos que le dieron casa junto a los caños de Carmona con la Alameda de la “señá” Gabriela que le dejó en herencia su blanquería. Y su paso es una de las últimas obras que nacen de las entrañas mismas de la ciudad, del asombroso impulso que entre dos mantos macarenos –el camaronero y el de tisú, 1900 y 1930- renovó la Semana Santa en fidelidad a la vez a los tiempos nuevos y a su esencia centenaria. Santiago, Cayetano, Juan Miguel: el paso de la Soledad en 1951, la corona de la Amargura en 1954 y el palio de la Virgen de los Ángeles en 1961 son los últimos

abrazos que la mejor historia de Sevilla da a las hermandades a través del talento arraigado en su tierra de Santiago Martínez, Cayetano González y Juan Miguel Sánchez.

Levantando acta de cómo la Soledad cambiaba siendo igual a ella misma, el notario más fiable: Joaquín Romero Murube, hermano de la Soledad desde 1917 hasta su muerte en 1969, que la adornaba con flores del Alcázar en su besamanos y con prosas inmarcibles como la que, en “Dios en la ciudad”, deja para siempre establecido cómo termina la Semana Santa de Sevilla: “Sale de San Lorenzo, del barrio más puro de Sevilla... La Virgen va transida de dolor, del dolor de la soledad, del dolor más real y aparente de todos los dolores... Va casi sola en su dolor. Silencio, fin, agotamiento. Los hermanos de la Soledad lloramos esta soledad en que camina nuestra Virgen. Las sillas se apilan informes, contra las aceras. No nos miran. Por entre la sombra y el silencio de las calles vamos con Nuestra Virgen de la Soledad, en soledad. ¡Bendita sea!”. Porque las cosas terminan cuando terminan, ni un minuto antes ni un minuto después, y más en la plaza de San Lorenzo, nada se debe añadir al “¡Bendita sea!” que su poeta le dijo a la Soledad mientras describía como la Semana Santa –“silencio, fin agotamiento”- muere entre sus brazos.



## 450 AÑOS DE AMOR A LA SOLEDAD



**S**e me pide que escriba un artículo, en este boletín extraordinario, como hermano mayor que fui de nuestra hermandad. Por supuesto que yo no me siento capacitado para hablaros de nuestra historia, y mucho menos, después del magnífico libro escrito por nuestro hermano Ramón Cañizares Japón, al que nuestra Hermandad siempre deberá estar agradecida. Pero sí puedo hablar de lo que he vivido durante estos últimos 50

años de vida de nuestra Hermandad, en los que casi 30 años fui oficial de la Soledad y ocho de ellos hermano mayor.

Lo que he sentido y vivido en todos estos años, desde que fui monaguillo de la Soledad, oficial de la junta de gobierno o hermano mayor, es el amor de los hermanos y hermanas a la Santísima Virgen. He crecido aprendiendo de la entrega abnegada de los hermanos que nos precedieron, que trabajaban sin descanso, todos unidos, para promocionar la devoción a la Santísima Virgen dando lo mejor de ellos mismos por nuestra hermandad.

En estos 50 años nuestra Hermandad creció en número de hermanos, aumentó su patrimonio, la solemnidad de nuestros cultos y la devoción a la Santísima Virgen en el misterio de su Soledad, una corporación que es ejemplo para otras hermandades como se ha demostrado en todos los actos que se han organizado para celebrar nuestro 450 aniversario.

Ahora, la Hermandad de la Soledad somos nosotros, los que escribimos en este boletín y los que nos leéis. Ahora, nuestra hermandad depende de nuestro amor a la Santísima Virgen, de nuestra entrega a nuestra Hermandad, de que seamos capaces de anteponer siempre lo que nos une como hermanos a aquello que nos pueda dividir; de que no permitamos que cegados por nuestro

egoísmo o por nuestro orgullo olvidemos que nuestras vidas, como hermanos de la Soledad, están unidas no sólo por el amor que sentimos todos por la Santísima Virgen, sino por muchas cosas más. Ante ella nos presentamos, unidos por la alegría, en la boda, bautizo, o primera comunión de nuestros hijos. Y ante ella, unidos por la tristeza, rezamos una Salve por el alma de un hermano que se nos va para siempre.

Han pasado más de 50 años desde aquel día en que fui monaguillo (como muchos de vosotros) y desde entonces mi vida, o mejor dicho nuestras vidas, la de todos los hermanos y hermanas, se unen a nuestra Hermandad y a la Santísima Virgen de la Soledad para siempre, ésa es nuestra elección, ¡aceptarnos todos como hermanos de la Soledad! Así es y así será siempre, porque desde hace más de 450 años somos una sola Hermandad ¡La Hermandad de la Soledad!

Por supuesto que a lo largo de los más de 450 años de nuestra historia hemos tenido que tomar decisiones de gran trascendencia. Nuestra Hermandad ha estado establecida canónicamente en distintas sedes; ha tenido distintos cotitulares; ha pasado por períodos de apogeo y otros de declive; ha tenido que superar grandes dificultades y problemas de todas clases como cualquier institución con más de 450 años de historia hasta alcanzar el esplendor y la identidad que hoy tiene.

En nuestra historia, los hermanos que nos precedieron tuvieron



que afrontar los problemas que les tocó vivir. Nosotros tenemos que afrontar los nuestros y los hermanos que vengan después de nosotros tendrán que afrontar otros pero, también, a lo largo de nuestra historia hay algo que se ha mantenido y se mantendrá siempre inalterable en el tiempo, algo que es superior a todo: ¡El amor a la Santísima Virgen de la Soledad! Eso no cambiará nunca.

Y ese amor a la Santísima Virgen de la Soledad siempre nos ha dado y nos dará fuerzas para superar cualquier situación difícil por la que pueda pasar nuestra Hermandad para que esté llena de vida cristiana y, siendo un medio para llegar a Dios, perdure por los siglos de los siglos.

Ésa es nuestra gran responsabilidad como hermanos de la Soledad, darle lo mejor de nosotros mismos, sin egoísmo ni orgullo que no llevan a ninguna parte porque no olvidemos que algún día todos nosotros nos tendremos que presentar ante Ella sin tener más que a nuestra alma por testigo.

Que la Santísima Virgen de la Soledad os bendiga siempre.

*José de Rueda Macías*



## EL DÍA MAS GRANDE DE LOS ÚLTIMOS AÑOS DE UNA VIEJA HISTORIA

No podemos definirlo de otra forma. El obispo de Córdoba, don Juan José Asenjo, lo definía en estos términos el segundo día del Solemne Triduo Pontifical de la conmemoración del 450 Aniversario de nuestra Institución: “cuanta historia, cuantos grandes acontecimientos estáis celebrando en estos días históricos, de acción de gracias vuestra ilustre y benenémrita Hermandad. Cuantos venerables y distinguidos hombres, no sólo por vuestra admirable historia, cuajada de nobles y distinguidos hermanos de la Iglesia de Sevilla, sino también por la bella y cristiana actitud de muchos que hicieron grande la vida y vivencia de la noble Hermandad de la Soledad de Sevilla”.

Quizás empezara al mediodía del 12 Octubre con las palabras y el discurrir de nuestra historia en los patios y claustros de la Casa Grande del Carmen, donde nuestros cultos y preparados hermanos Alvaro Pastor y Ramón Cañizares nos deleitaran y emocionaran con nuestra primitiva y grandiosa vida, cuajada de detalles y grandezas protagonizadas por ilustres hombres de la nobleza sevillana que construyeron una Iglesia solemne y noble y crearon un patrimonio que hasta ahora gozamos, conservamos e incrementamos no como un reto histórico, sino para una crear una familia soleana dentro de una Iglesia actual, con los valores y meritos de servicio



que nos enseñó el Concilio Vaticano II.

Han sido muchos los actos celebrados en este señalado año, pero no podremos olvidar nunca los que tuvimos la dicha de vivirlos, ese 14 de Octubre del 2007; desde la madrugada en San Lorenzo, cuando Ella, rodeada de sus hermanos, salía a saludar a su Hijo, el Señor de Sevilla, y su andar solemne y serio, rodeada siempre de numerosos sevillanos, jóvenes de vuelta de la movida, fieles con devoción y seriedad esperando ver su rostro amaneciendo y siempre rezando y gozando de su compañía. Así hasta llegar a la Puerta de la Catedral, que la recibía con un repique solemne de

la Giralda, primera felicitación por su cumpleaños. Qué emoción cuando la vimos en el Solemne altar catedralicio y qué emoción aquel canto de la Salve.

Nos inquietó bastante esa fina lluvia de la mañana, pero ni eso pudo ahogar el amor de Sevilla a su Soledad. A las 12 del mediodía, la Catedral estaba abarrotada para el Solemne Pontifical de Acción de Gracias. Soleanos de siempre, algunas familias con sus tres generaciones juntas y emocionadas. Vimos a nietos que guiaban a sus abuelos. Hermanos de muchos años. Cofrades sevillanos, amigos de nuestra familia y de nuestro barrio de San Lorenzo. Fue emocionante ver el desfile de nuestros jóvenes en la Liturgia, en las ofrendas, en las largas filas de las comuniones. Las coplas de la Virgen con el órgano de la Catedral...

¿Quién dijo miedo? Si ella quería celebrarlo, tarde de sol y alegría. Las numerosas representaciones de las hermandades de Sevilla y de las Soledades de España y de Lima precedieron su salida a la calle con una ciudad volcada, siendo difícil poder avanzar su paso. Eran muchas las miradas puestas en su rostro, muchas las plegarias en los labios y muchas las lágrimas en los ojos.

Así, hasta el Ayuntamiento en el que la Ciudad la homenajeaba corporativamente. Pero antes, como Madre agradecida, homenajeó Ella a su Sevilla. Porque Pedro Morales no supo nunca que compuso la marcha La Soledad para que ella agradeciera a su pueblo la felicitación que le hacía por permanecer con sus hijos durante más de 450 años.

*José Antonio Sánchez Sánchez-Romate SDB*





## EL ESPÍRITU DE LA SOLEDAD

Si tuviera que resumir 450 años de historia de la Soledad en un solo momento, elegiría el instante en que se cierran las puertas de San Lorenzo. Ya sé que es una escena que se repite todos los años, que no tiene especial relevancia histórica como acontecimiento singular, pero encarna a la perfección el espíritu de la Soledad. Consiste en quedarse a solas con la Soledad, como la vio Joaquín Romero Murube, y con todas las soledades, y que eso ocurra en el corazón de cada uno, aunque haya una multitud en la plaza, aunque el templo esté abarrotado si lo vivimos desde el otro lado de la realidad. Consiste en encontrarnos con la Soledad como si nada más existiera en ese momento, cuando la eternidad se aparece ante nuestros ojos y se nos queda grabada, antes de que vuelva a transcurrir el tiempo.

Hay muchas formas de llegar a una hermandad. Puede ser por tradición familiar, porque nos apuntaron al nacer y ya desde niños sentimos lo que significaba esa cofradía y sus imágenes. Puede ser por amistad con algunos de sus cofrades, por la pertenencia a un barrio, porque una vez le rezamos a esa imagen y nos ayudó, por una devoción que enraizó con el tiempo, porque sentimos una llamada que nos movía a estar a su lado...

Cada cual podrá poner sus razones. En mi caso me hice hermano por el espíritu de la Soledad, que me había llamado en las noches de Sábado Santo en San Lorenzo, cuando las

puertas se cerraban y yo me quedaba en un mundo donde ya no era Semana Santa, sólo la ciudad de todos los días, mientras a lo lejos, en los campanarios de la noche de Sevilla, se oían repiques pregonando aleluyas que aún parecían prematuros.

Ese espíritu lo encontré también una noche de invierno, en 1988, cuando la Soledad salió por las calles de Sevilla en unas andas para presidir el vía crucis de las cofradías. Por primera vez este acto penitencial, que se organiza para conmemorar la Pasión de Cristo, era presidido por una Virgen sola. Y la ausencia de su Hijo fue presencia de amores indefinibles. Hubo un antes y un después de ese vía crucis, que volvía a poner a San Lorenzo, como había ocurrido con el Señor del Gran Poder, como el auténtico referente de la Pasión según Sevilla.

En aquella noche de Cuaresma, cuando la primavera soñada aún era una intuición en el horizonte del calendario, por una calle Sierpes sin sillas, o a la vuelta por Tetuán en silencio de noche profunda, la Soledad estuvo tan cercana que su espíritu se quedó con nosotros. Y brotó el deseo de seguirla por aquellos caminos que nos llevaban, sin pérdida posible, hasta San Lorenzo, que es donde está el corazón de la Sevilla eterna, en la literatura y en la realidad de todas sus verdades. Pero después descubrí que el espíritu de la Soledad estaba también en otras personas, en hermanos veteranos, que eran verdaderos maestros en el saber



de las cofradías, que sentían ese espíritu soleano con autenticidad, sin vanidades ni protagonismos que no buscaban. Había una generación de personas como Ramón Pineda, Rafael Riera, Andrés Benot y tantos otros que, por su edad, eran como los padres de la hermandad, un ejemplo a seguir, que habían recogido el testigo de otros cofrades legendarios, que estaban en la historia, de familias y apellidos como los suyos, como los Rueda, los Petit y muchos más, que se sucedieron durante generaciones, de hermanos míticos como Romero Murube... Todos ellos habían servido a la Soledad y habían dado el ejemplo de lo que debe ser una hermandad, para que ese testigo fuera recogido por otras generaciones futuras: sus hijos, los amigos de sus hijos, los que llegaban nuevos y se encontraban, como yo, con las puertas y los brazos abiertos. Ese es el espíritu de la Soledad, el que

no se puede perder nunca. En ese espíritu caben todos los que sienten su llamada, sin distinciones, por encima de las pamplinas triviales que a veces dividen. Ese espíritu es la verdadera fuerza de la Soledad, porque es la Soledad misma: el llanto que brota en sus ojos y sentimos que resbaló por los nuestros.

Cada año será Sábado Santo. Y cuando se cierren las puertas de San Lorenzo, cuando nazarenos de blanco y negro recorran de vuelta en silencio las calles del barrio, en la noche última de la Semana Santa, volveremos a sentir que sólo Ella vale la pena. La última saeta en la plaza nos hizo encontrarnos cara a cara con la Soledad verdadera, que ya es la nuestra, la que nos quedará cuando no nos quede nada. Ese espíritu se resume, para quien lo busque, en la eternidad de su Soledad.

*José Joaquín LEÓN*



## VAMOS A LA CALLE...

Ayer, fuimos a la Catedral. Estábamos citados en San Lorenzo a eso de las seis de la mañana para formar la cofradía, unos trescientos treinta sumando hermanos y hermanas, todos de traje oscuro o de costalero. A las siete menos cuarto se abrieron las puertas, poquita gente en la Plaza, sólo algunas personas que querían acompañarla desde fuera, viéndola pasar; y las hoy inevitables cámaras de vídeo y televisión. Qué les llevó allí a todos esa mañana, es innecesario decirlo, motivo sólo había uno. Cuando salí con mi tramo, ya con el prestigio de ir entre las últimas parejas, me acordé de Joaquín Romero cuando escribía sobre cómo los soleanos acompañan a su Virgen, sola, mientras se oye el ruido que hacen las sillas al apilarlas, porque apenas queda nadie esperándola.

Con las filas formadas pasamos por la calle Conde de Barajas, y luego por Jesús del Gran Poder hasta la Plaza del Duque, con un silencio sepulcral, sólo se oían las pisadas de los cofrades, de los costaleros, y las órdenes del capataz. Si remedamos al poeta, diremos: "Ir solo, con soledad de cofrade, solo, y dentro de uno". Y no es la soledad enfermiza, sino aquella otra soledad, reflexiva, edificante, que aporta madurez, y te hace. Alguno hubo que no pudo aguantar su silencio, olvidando el dorso de su papeleta de sitio, pero en esta tierra de María Santísima esto es así, para desfilarse en silencio absoluto tenemos otras



cofradías señeras, y yo donde quiero salir es con mi Soledad de San Lorenzo.

Poquito a poco fue llegando gente. Unos, jóvenes que habían pasado la noche de jarana y volvían a casa, pero se quedaban callados y guardando la compostura, después, se iban. Los demás buscando a la Virgen, tan temprano; caras de la Hermandad que avanzaban con la procesión, esperándola una y otra vez.

Y continuamos por Velázquez, Tetuán, y Granada, a una plaza de San Francisco despejada y abierta, con ecos de voces familiares que aún resuenan, aunque ya no estén sus dueños. La cruzamos para ver la Puerta del Perdón. Subimos por Alemanes hasta "matacanónigos", y cuando el paso llegó a la plaza de la Virgen de los

Reyes, comenzaron a repicar las campanas de la Giralda. Si mirabas al cielo, te decías a ti mismo que en ese momento estabas donde tenías que estar, en tu fila y con tu cirio.

Entró la Soledad, el capellán de la Virgen de los Reyes, estaba allí para recibirla. Había reclamado ese privilegio como hermano que es de la Soledad de San Lorenzo. Quedó el paso sobre un estrado, con la colgadura púrpura y el monumento en plata propios del jubileo, detrás, magnificente y grandioso; la Virgen de la Soledad destacaba aún más sobre su paso con ese fondo imponente. Y allí la dejamos para el Pontifical que tendría lugar a las doce y media con el Señor Cardenal, ceremonia que fue -naturalmente- solemne, pero a pesar de todo y por encima de todo, bastante familiar, cordial, e incluso sencilla.

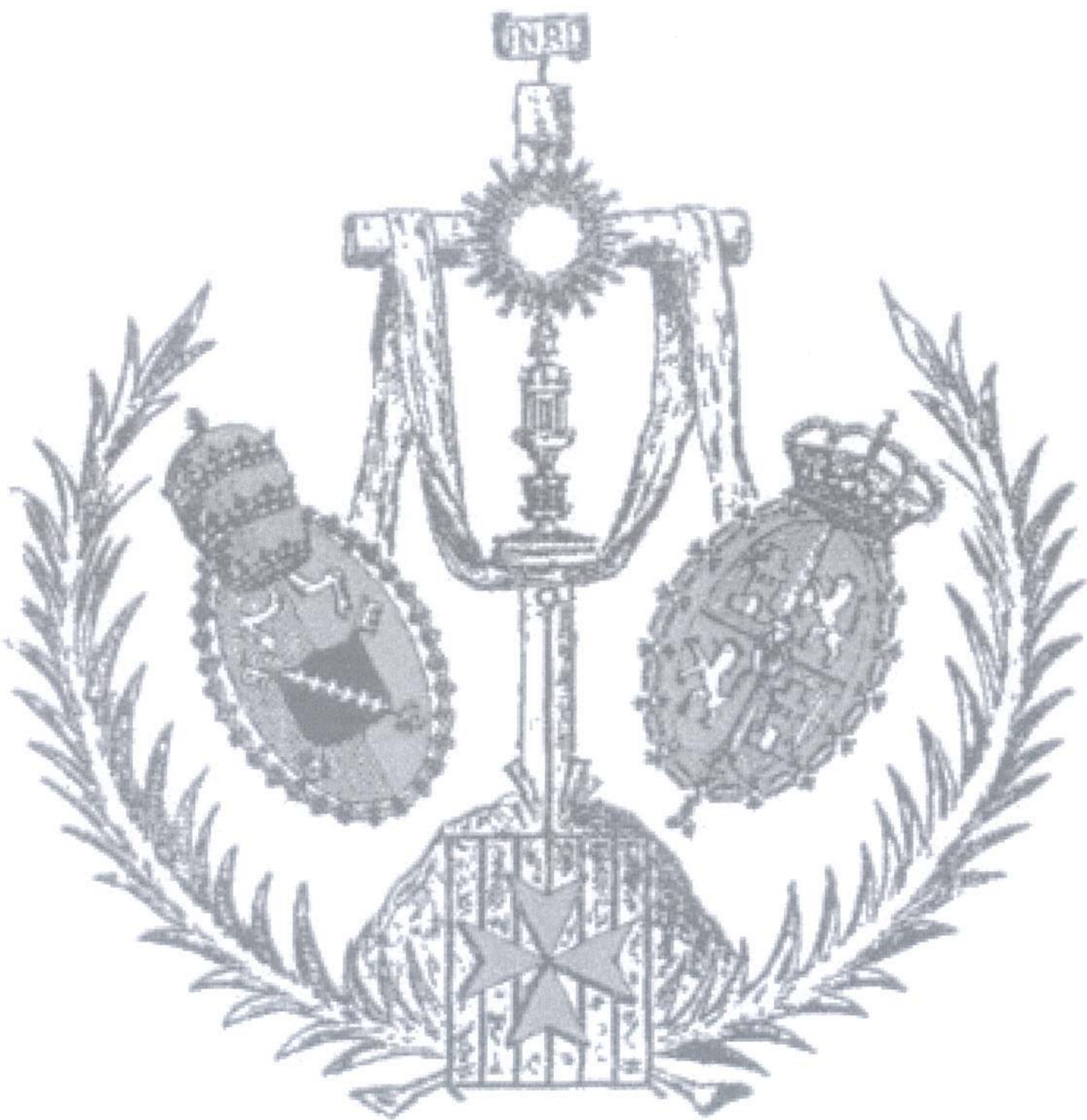
Luego, por la tarde volvimos a San Lorenzo, nos acompañaron con sus varas y estandartes muchas hermandades soleanas de la Provincia, incluyendo una que vino desde Burgos, y unos limeños —de una hermandad soleana del Perú— que asistieron a todos los actos. Más bulla, más fasto, y acto de respeto en el Ayuntamiento, que tal vez algunos hubiéramos querido más breve, pero como homenaje que era a nuestra advocación de la Virgen y a la Hermandad, sólo cabe agradecer y valorar el gesto, en todos los sentidos. Y en todos los sentidos también, impresionante.



Pero me quedo con la ida a la Catedral, y con esa vuelta ya más tranquila a la Iglesia, reventados por las inevitables paradas a pie firme, por una calle Marcelo Spínola sólo iluminada por los cirios y las velas del paso. Sin tanto silencio ya, sólo voces quedas. Reconozco que íbamos cansados, y despacito, después de un día largo, y grande, que guardaremos entre nuestros recuerdos más bellos. Finalmente entramos, eran casi las doce cuando el paso quedó delante del coro. Se entonaron las preces. Y una vez más cantamos la Salve.

*Antonio Petit*















Entre el 11 y el 13 de octubre, la Hermandad de la Soledad celebró un triduo extraordinario para conmemorar el 450 aniversario de nuestras primeras Reglas.











Durante estos días, la Virgen ocupó el presbiterio de San Lorenzo entronizada en su paso y la sagrada cátedra fue ocupada sucesivamente por D. José Sánchez González, D. Juan José Asenjo Pelegrina y D. Juan del Río Martín, obispos respectivos de las diócesis de Sigüenza-Guadalajara, Córdoba y Asidonia-Jerez.

En el transcurso de este triduo extraordinario se produjo uno de los momentos más íntimamente ligados con la conmemoración del 450 aniversario. Nuestros hermanos soleanos de Lima nombraron a nuestro hermano mayor, hermano mayor de honor de la cofradía peruana, que fue fundada a finales del siglo XVI con las mismas reglas cuyo aniversario conmemoramos el pasado año.



















Sin lugar a dudas, el momento culminante del 450 aniversario fue la solemne función catedralicia del día 14 de octubre. El paso de Nuestra Señora de la Soledad, que había llegado a la Catedral muy de mañana, fue entronizado en el Altar del Jubileo, al pie de la fabulosa máquina argéntea de Laureano de Pina para presidir el pontifical que abarrotó los asientos disponibles a mediodía. Esta Función Solemne contó con el concurso musical de la coral portuense de Millán Alegre.











La Virgen de la Soledad volvió al presbiterio de San Lorenzo entre los días 7 y 9 de diciembre en un besamanos extraordinario que fue preparado con exquisito gusto por todos los priostes de la Hermandad. Un auténtico mar de cera rodeaba a Nuestra Señora de la Soledad en un montaje que contó con la colaboración de las hermandades de la Macarena y el Gran Poder, que cedieron algunos enseres.









El 14 de octubre se produjo uno de los momentos más emocionantes de esta conmemoración del 450 aniversario de las primeras Reglas de la Hermandad. Aún no había amanecido cuando el paso de María Santísima en su Soledad salió a la plaza de San Lorenzo, acompañado de sus hermanos, para acudir a la Santa Iglesia Catedral para presidir el Solemne Pontifical oficiado por el Cardenal Fray Carlos Amigo Vallejo a mediodía. La estación ante la Capilla Real, el paso por las naves góticas, la subida al altar del Jubileo fueron algunos de los momentos cumbres de este solemne traslado.



Los primeros rayos de sol reflejando los frescos de la belleza arcaizante de Nuestra Señora fueron una de las imágenes imborrables de un día inolvidable que tuvo su colofón al atardecer cuando, en medio de una auténtica muchedumbre, la venerada imagen de la Soledad, la misma a la que han rezado los soleanos de todos los tiempos, inició su camino de vuelta hasta el templo de San Lorenzo.





Centenares de hermanos participaron activamente en este traslado extraordinario para el que se editó una papeleta especial con una pintura de Nuestra Señora de la Soledad, obra de la pintora sevillana Nuria Barrera. En el cortejo figuraban, escoltadas por servidores con faroles y portadas por un pertiguero las Reglas de nuestra Hermandad, cuyo 450 aniversario se conmemoraba.









La Estación de Penitencia a la Santa Iglesia Catedral estuvo rodeada este año de unas connotaciones especiales por cuanto suponía la celebración del 450 aniversario de las primeras reglas de una cofradía que a mediados del siglo XVI ya efectuaba su procesión de penitencia en las afueras de la ciudad de Sevilla, antes



de su llegada al convento del Carmen en el que viviría sus años de mayor esplendor.

Una vez más, las inclemencias del tiempo sembraron de incertidumbre los minutos previos a una salida que, finalmente, y después del





preceptivo cabildo extraordinario de oficiales se pudo efectuar sin mayores problemas a pesar de que otras corporaciones de la jornada tuvieron que suspender sus respectivas estaciones.











Como es tradicional, el Domingo de la Ascensión, esta Hermandad Sacramental salió a las calles del barrio de San Lorenzo para llevar la Comunión a los enfermos e impedidos de la feligresía que así lo habían solicitado. La procesión, a la que acompañó el esplendor acostumbrado, concluyó con la bendición final en la plaza de San Lorenzo.



La nutrida representación de la Hermandad de la Soledad en la procesión del Corpus Christi tuvieron el aliciente de pasar por las portadas que, en el año 2007, se inspiraban en la puerta principal de la Parroquia de San Lorenzo con motivo de la conmemoración del 450 aniversario de las Reglas de la cofradía.









Dentro del aspecto cultural y formativo, uno de los principales hitos del amplio y denso programa preparado por la Hermandad ha sido la celebración de la muestra que detallaba a través de enseres y documentos la rica historia de la corporación. Lejos del amontonamiento de insignias al uso, la exposición contó con un cuidado programa







temático y museográfico que acercaba al visitante a los orígenes remotos de la corporación; a las sucesivas sedes en las que ha residido; a las fusiones con la Sacramental y de ésta con las hermandades laurentinas de Roca-Amador y Ánimas y con la del Santísimo de la desaparecida demarcación parroquial de San Juan de Acre.

La exposición también permitió traer a San Lorenzo el primitivo paso de Nuestra Señora, que aún sale en la localidad sevillana de



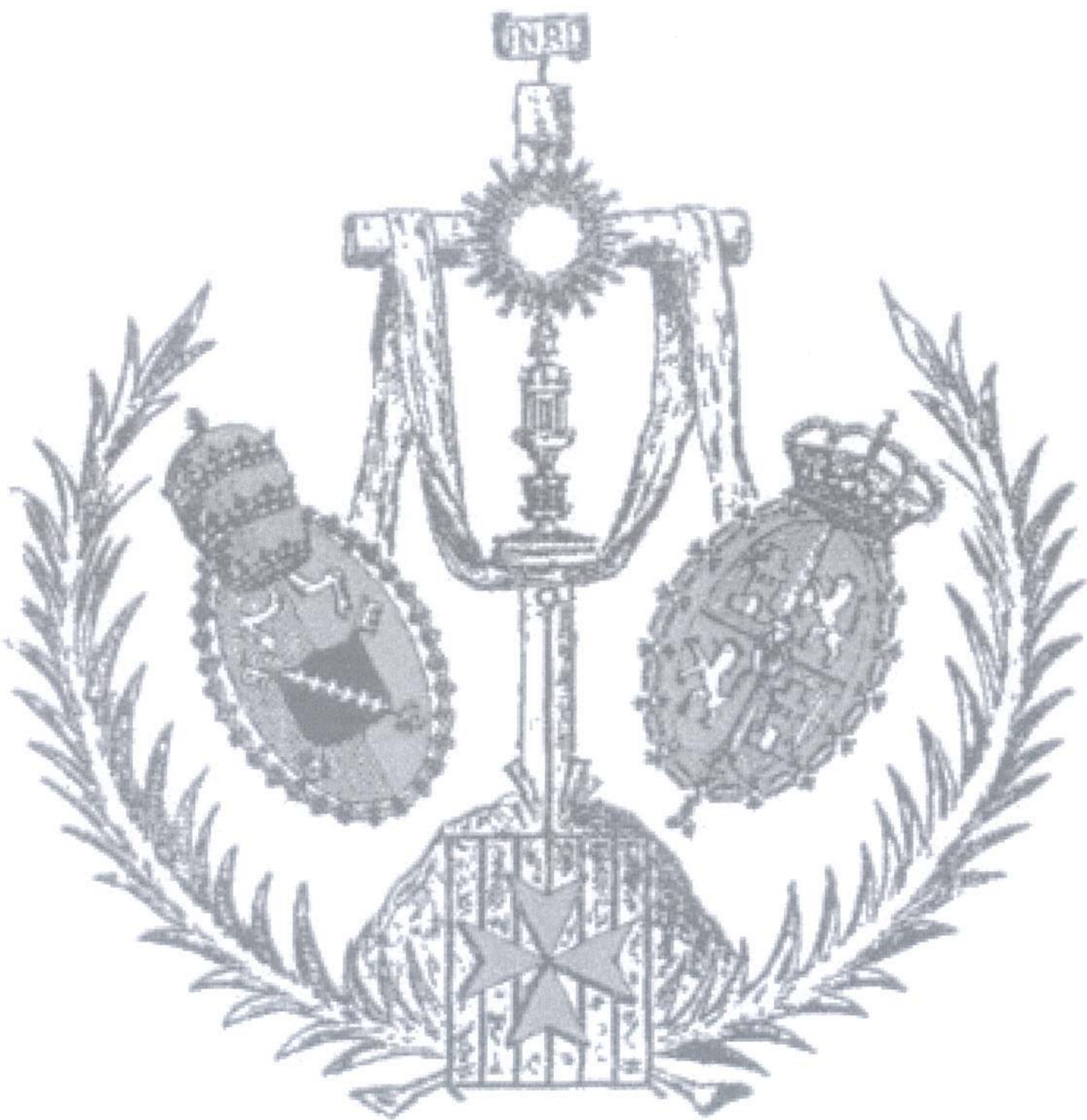


Aznalcázar. La recreación de un dosel similar al que cobijaba a finales del siglo XIX a la Virgen de la Soledad acercó a los soleanos de hoy a unos tiempos y a unas formas que hoy se antojan sorprendentes. Como prólogo a la muestra, fue presentada la restauración a cargo de los técnicos del IAPH del estandarte de gala de Nuestra Señora de Roca-Amador, que también formó parte de la muestra.

Los soleanos de ayer y de hoy, las antiguas formas procesionales, el patrimonio pictórico de la Hermandad o la reivindicación de espacios tan desconocidos como la Sala de Reserva o la Sala Capitular de la Sacramental fueron otros de los grandes descubrimientos que brindó esta muestra que ya ha marcado un hito en la historia de las exposiciones de temática cofrade.









El día 12 de octubre, nuestros hermanos Ramón Cañizares Japón y Álvaro Pastor Torres desvelaron a los hermanos de la Soledad las claves constructivas y el esplendor pasado de la perdida y suntuosa capilla que cobijó a Nuestra Señora de la Soledad desde el siglo XVI hasta la invasión francesa en el antiguo convento del Carmen. Una placa dejó constancia de este reencuentro histórico.











La Hermandad de la Soledad: cuatrocientos cincuenta años en la Iglesia de Sevilla fue el título de la conferencia pronunciada por el Cardenal Fray Carlos Amigo Vallejo, Arzobispo de Sevilla, el 20 de septiembre de 2007 en la iglesia del Hospital de los Venerables, sede de la fundación Focus-Abengoa.







Pero el programa previsto ya se había iniciado meses atrás, con la presentación del cartel del 450 aniversario, obra de la joven artista Marta Lanzón, y había contado



con actos tan significativos como la presentación de la digitalización de los archivos soleanos, una minuciosa labor que llevó a cabo nuestro archivero, Ramón Cañizares Japón.





El 8 de febrero se había celebrado otro de los actos fundamentales del año del 450 aniversario. El Salón de los Carteles de la plaza de la Real Maestranza de Caballería se llenó hasta la bandera para la presentación del libro "La Hermandad de la Soledad. Devoción, Nobleza e Identidad de Sevilla 1549-2006" escrito por Ramón Cañizares Japón. El acto, brillantísimo, contó con la presentación de nuestro hermano Álvaro Pastor Torres y fue presidido por nuestro hermano Alfonso Guajardo-Fajardo Alarcón, Teniente de Hermano Mayor de la Real Maestranza de Caballería.







El apartado musical ha sido uno de los más cuidados en el transcurso de los actos conmemorativos del 450 aniversario de nuestra Hermandad. Y así, el 19 de febrero la Agrupación Coral Portuense y la Orquesta de Cámara Volvogrado ofrecieron un concierto en el que se interpretaron piezas del archivo musical de la Hermandad y las coplas dedicadas a María Santísima en su Soledad.





El viernes, día 2 de marzo, el reputado cofrade sevillano y pregonero de la Semana Santa Ignacio Montaña Jiménez pronunció la exaltación a María Santísima en su Soledad. Montaña, que fue presentado por el también pregonero de la Semana Santa Francisco José Vázquez Perea, cosechó fuertes aplausos y recibió numerosas felicitaciones de los hermanos y desgranó un texto intimista, culto y lleno de devoción a la Virgen de la Soledad a la que han rezado los soleanos de todos los tiempos.



Este año, el altar de quinario de María Santísima en su Soledad permanecería montado algún tiempo más de lo que es habitual. El 4 de marzo, la Orquesta Barroca de Sevilla, bajo la dirección de Mónica Huggett, ofrecía el concierto Domenico Scarlatti y su tiempo, que contó con la interpretación del contratenor Carlos Mena.





El palacio de los condes de Santa Coloma, históricamente unido a los momentos más delicados de nuestra corporación soleana, acogió el día 18 de mayo una exaltación literaria que, bajo el título de la 'La familia Bucarelli y la Hermandad de la Soledad', fue pronunciada por nuestro incansable archivero Ramón Cañizares Japón que volvió a deslumbrar con su vasto conocimiento de la rica y compleja historia de la hermandad. La presentación del acto, leída por el teniente de hermano mayor, José María Gómez, había sido escrita por Enriqueta Vila, que no pudo asistir por enfermedad.



Durante los días 15, 16, 17 y 18 de marzo y dentro del programa de actos extraordinarios programados con motivo del 450 aniversario de las primeras Reglas de nuestra hermandad se celebró la Semana de la Juventud, que congregó a representantes de los grupos jóvenes de todas las hermandades de la feligresía. La clausura de estas actividades lúdicas y formativas concluyó con una eucaristía celebrada en el patio de la Casa de Hermandad.

El día 16 de marzo tuvo lugar el pregón de la Juventud, pronunciado por nuestro hermano Jesús Romero Rodríguez en la capilla de María Santísima en su Soledad.







El viernes 9 de febrero, la Casa de Hermandad acogió una conferencia del arquitecto Alfonso Jiménez Martín, Maestro Mayor de la Catedral que pronunció una magistral conferencia titulada 'La Catedral de Sevilla cumple 500 años'.

El 5 de octubre, nuestro hermano José Manuel Benot presentó el libro 'Antigua y Sola. Poemas a la Soledad de María'. El libro consta de 7 poemas dedicados a la nuestra Titular. La presentación del libro y su juicio crítico se debieron al poeta Enrique Barrero Rodríguez. La portada del libro, editado por Signatura Ediciones, se debe al recordado pintor soleano Tomás Ruiz Vela y recoge el tránsito de la Virgen de la Soledad por las naves catedralicias.





Los actos litúrgicos organizados con motivo del 450 aniversario de nuestras primeras Reglas se habían iniciado el 19 de enero de 2007 con una misa ante la tumba del Beato Marcelo Spínola, recordado párroco de San Lorenzo y cotitular de nuestra hermandad, que estuvo oficiada por nuestro director espiritual, don Juan Manuel García-Junco Caballero, siendo la predicación de nuestro hermano sacerdote don José María Javierre.



Como es habitual, la función en honor de los Dolores de Nuestra Señora se convirtió en un homenaje a los hermanos que llevan medio siglo de fidelidad a la cofradía de la Soledad. Los cofrades José Ramón Pineda, Antonio Corpas, Miguel Morón, Vicente Ortí, Antonio Velásquez, Antonio González, Carlos Morales, Rafael Ruibérriz, Antonio Ruibérriz, Severino Blanco, Claudia Roldán, Salud Ruiz y Ana María Tojas recibieron la correspondiente medalla conmemorativa.





Una de las sorpresas más agradables de la conmemoración del 450 aniversario de la cofradía fue la presentación del cartel de la Exposición, que tuvo lugar el día 15 de septiembre al término de la función de los Dolores. La obra, de delicada e intimista factura, fue pintada a la acuarela por Beatriz Barrientos y ya es por derecho propio un auténtico hito dentro del patrimonio pictórico de la hermandad.

El 20 de diciembre se producía en la capilla de Nuestra Señora de la Soledad la presentación del presente boletín extraordinario y de la digitalización de todos los boletines editados por la hermandad hasta la fecha y la grabación del riquísimo patrimonio musical de la cofradía.









El 16 de noviembre de 2007 los hermanos/as de la Soledad nos reunimos en una concurrida cena de gala en el Hotel Alfonso XIII para celebrar en Hermandad el buen fin de los actos preparados con motivo del 450 aniversario de la redacción de nuestras primeras Reglas. En el transcurso de esta cena, que resultó concurridísima y contó con la presencia de todos los estamentos que forman la corporación soleana, se hizo entrega a D. Antonio Domínguez Rodríguez, Hermano Mayor de la Hermandad de la Santa Caridad del cheque que sufraga la rehabilitación de una de las habitaciones de ese ejemplar centro asistencial, que se llamará Virgen de Roca-Amador, alentado por don Miguel de Mañara en pleno siglo XVII. De la misma forma, la cena sirvió para entregar un recuerdo a todos aquellos hermanos que, de una u otra manera, han puesto su granito de arena para hacer posible el largo rosario de actos, cultos y preparativos que supuso la celebración del 450 aniversario.





La edición de este boletín extraordinario número 100 se completa con sendos CDs que contienen respectivamente la digitalización de todos los boletines publicados por la Hermandad de la Soledad hasta la fecha, incluyendo el que ahora tienes entre las manos, y la grabación digital de las piezas más señeras del rico patrimonio musical que atesora en su archivo nuestra corporación.

La digitalización de los boletines permite acercarse de una forma ágil, rápida y sencilla a los contenidos de los mismos,

convirtiendo su lectura en un auténtico viaje de nostalgia para los hermanos más veteranos y en una continua sorpresa para los cofrades más jóvenes.

El CD musical consta del siguiente programa:

1. Coplas a Nuestra Señora de la Soledad (1887), con letra de José Lamarque de Novoa y música de Buenaventura Iñiguez.
2. Stabat Mater (1889), de Buenaventura Iñiguez.
3. Coplas a la Santísima Virgen de la Soledad (1925), de Jerónimo Oliveras.
4. Poema a la Santísima Virgen de la Soledad (1957), con versos de Joaquín Romero Murube y música de Telmo Vela.
5. Variación para solista soprano de las coplas a María Santísima en su Soledad, con la interpretación de Mayca Teba.

Interpreta la Agrupación Coral Portuense, dirigida por Millán Alegre. El tenor es Joaquín Ruiz y el bajo, Manuel Sánchez. La solista es Mayca Teba.